

¿QUÉ SIGLO HA CONTENIDO, NO TAN SOLO UNA MUCHEDUMBRE TAN ENORME DE CONCIENCIAS CATOLICAS, SINO UNA MUCHEDUMBRE DE ESPIRITUS TAN FRANCAMENTE ADHERIDA AL PAPA, A SU ORIENTACION Y A SU SUERTE, A SU DESIGNIO Y A SU ACCION?"

AÑO LIX. — Núm. 18.129. — Montevideo, Martes 29 de Junio de 1937

# EL BIEN PUBLICO

DIRECTOR: DR. TOMAS G. BRENA

EMPRESA EDITORA  
EDITORIAL JUAN ZORRILLA  
DE SAN MARTIN  
Ciudadela, 1469  
Redactor responsable:  
DR. TOMAS G. BRENA  
18 de Julio, 2013

PEDRO SE HA PERPETUADO EN LA ESCLARECIDA ESTIRPE DE SUS SUCESESORES



Pío XI, en quien esplenden altas condiciones de virtud, saber, gobierno, prudencia y energía y a quien se le otorga el título de grande

“EL EVANGELIO CONTIENE LAS FORMULAS DE VIDA, PARA EL HOMBRE Y PARA EL COMPLEXO SOCIAL, COMO TODA LA CORRIENTE AMPLIA Y PROFUNDA DE LOS RIOS TIENE SU ORIGEN SUSTANCIAL Y SU PRINCIPIO ANIMADOR EN LA FUENTE LEJANA Y PURA EN QUE SUS AGUAS NACIERON PARA LA FECUNDACION Y LA RIQUEZA DE LA TIERRA”

extiende por caminos infinitos, sin líneas claras, sin rumbos definitivos, sin horizontes seguros. Sólo puede darse, en medio de esa realidad intrínseca de conflictos, de dolores y desilusiones, una ruta que lleva a tierra de promisión, una ruta por la cual puede la humanidad andar, serena y purificada, una ruta fácil y difícil de hacer: — fácil, porque el caminante no puede sentir en ella desorientaciones ni dudas; difícil porque, para lograrla, es necesario que esa humanidad se desprenda de una cantidad de hábitos y afectos ceros a su actualidad decadente y sensual, — una ruta superior a todos los otros caminos de la tierra, en que las caravanas se pierden, o se fatigan en una hora temprana, o se definen en la etapa que brinda los descansos muelles, o se quedan inmóviles, presas de un escepticismo invencible, en las encrucijadas decisivas e inevitables; una ruta abierta, por un golpe limpio y expedito, en la mañana de los tiempos y de los hombres; una ruta en perspectiva constante sobre el bien; una ruta que tuvo su punto inicial en una perdida aldea de Oriente, y fue anunciada primero a los pastores que a los reyes; la ruta evangélica, en fin, la única ruta de salvación, la única ruta en la cual puede la sociedad encontrar, todavía, fuerzas de restauración y de energía, la única por la cual aun se puede marchar hacia la paz del mundo, la única... porque es la única iluminada por el resplandor definitivo y supremo de lo alto!

¿Y quien puede marear esa ruta, señalarla a los hombres, recordarla en todas las horas con la fuerza de su autoridad inaceptable? En el Pontificado, firme e incontrastable en el cumplimiento de su misión providencial, que las políticas de los hombres lo alejen de las asambleas internacionales, que se le excluya de las conferencias de las naciones, que su signo no luzca al pie de los tratados de paz y de equilibrio, que su palabra no resuene oficialmente en los palacios en que los embajadores resuelven de la suerte de los países, que su espíritu no penetre las fórmulas de armonía mundial, y ya pueden esos embajadores burlar su mirada más penetrante en los secretos del porvenir y en la idiosincrasia de los pueblos, ya pueden fabricar los tratados más previsores y sagaces, ya pueden procurar ansiosamente, bajo la sola inspiración humana, formas de solidaridad universal, ya pueden revestir sus actos solemnes de todo el aparato de la fuerza militar de sus Estados y de toda la pompa ritual posible...; habrá algo que no alcanzarán nunca, algo que escapará a su visión y a su solicitud, algo que no modificarán sus artículos ni sus fórmulas, algo rebelde e incoercible ante su dominio puramente material y exterior, algo que está fuera del alcance de su sabiduría diplomática y de su conocimiento histórico... la realidad entrañable de la humanidad en quien esos tratados van a recibir aplicación, la realidad del espíritu de esa humanidad, el concepto madre e ineludible de que la sociedad no puede alterar las normas de la sabiduría eterna si ha de subsistir orgánicamente y si ha de surgir una marcha ascendente y perfeccionada; y el hecho central y dominador, en fin, de que sólo el Evangelio contiene las fórmulas de vida, para el hombre y para el complejo social, como toda la corriente amplia y profunda de todos los ríos tiene su origen sustancial y su principio animador en la fuente lejana y pura en que sus aguas nacieron para la fecundación y la riqueza de la tierra.

HUGO ANTUNA.

## La fuerza moral del Pontificado Romano

El Pontificado Romano es el milagro permanente que dura desde hace veinte siglos, a pesar de las oposiciones, las luchas, las persecuciones, las tormentas terribles, tan vivo hoy como ayer, como en todos los períodos de su historia, viva fuente de vida, punto de atracción para las inteligencias y los corazones, íntimo y nobre, aglutinado por la ayuda divina que nunca le ha faltado, apoyado en la potencia moral que representa y comunica.

La fuerza moral se manifiesta admirablemente, en toda su belleza y majestad, en el Pontificado Romano.

Se podría hablar de la fuerza moral de los sucesores de San Pedro, en la serie de los Pontífices, hay 65 santos y entre éstos 30 mártires, pero lo que nos interesa demostrar es la fuerza moral que ejerce el Pontificado Romano sobre la mente y el corazón de los hombres y de los pueblos, fuerza que atrae, vincula y arrastra.

Esta fuerza reside sólo en las

fuerzas espirituales, porque alrededor del Pontificado Romano no hay armas ni ejércitos.

Por cuatro siglos el Pontificado no tuvo un sólo hombre que desenvainara la espada en su defensa, al contrario fue su enemiga, la impalpable la mayor fuerza material del mundo antiguo: el Imperio romano.

Más tarde, de vez en cuando, aparecía a su lado el poder material pero eso, era muy poca cosa o era tal que en lugar de ser defensa o ayuda pudo considerarse como ofensa grave.

Hoy en Pontificado está en las mismas condiciones que en los primeros siglos, sin fuerza material de ninguna especie.

La cátedra de Pedro se levanta sola, inmensa, obstaculizada; es como la pirámide que se alza en el desierto, flagelada por los vientos y siempre inmóvil.

Fuerza material propia el Pontificado Romano no la tuvo nunca, ni en su origen, ni en su desarrollo.

Su divino Fundador al darle todo poder en el cielo y en la

tierra no le confió directamente fuerza material alguna, la historia lo demuestra.

La gran fuerza del Pontificado es su palabra fundada en la potencia que Nuestro Señor Jesucristo le entregaba.

En esto estriba la gran diferencia que existe entre la palabra del Papa y la de los hombres aunque sean poderosos, grandes y sabios.

El habla con autoridad, no necesita argumentos humanos, sin incertidumbre, sin dudas, sin vacilaciones, repitiendo las palabras de Cristo: “Si, si; no, no, a reyes y pueblos, a sabios e ignorantes”.

“A plena luz, ante el universo”, interroga a los Padres de la Iglesia. Lee el Código divino que le fuera confiado por Jesucristo, y lleno de fe proclama: Esta es la doctrina, la verdad que he recibido de Jesucristo mismo y que vosotros debéis aceptar y observar si queréis salvaros. Todos los que a esto se oponen están en error o mentan

lira... Ningún hombre, ninguna autoridad de la tierra se animaría a hablar como el Pontífice, pues sentiría en sí mismo la mentira y estaría seguro de cubrirse de ridiculez”.

¿Cuál es la substancia de la palabra del Papa? ¿Qué nos enseña? Todas las verdades enseñadas por Jesucristo, comprendidos los misterios profundos, incomprensibles, superiores a la humana razón y que deben aceptarse humildemente sin discusiones, sin reticencias, porque son la palabra de Dios mismo, y tales verdades se enseñan a todos, son iguales para todos en todos los lugares y en todos los tiempos.

El Pontífice, las toma todas, las presenta a millones de inteligencias y dice: “Vosotros las debéis recibir, vosotros las debéis creer más firmemente que yo las víais con vuestros propios ojos”.

Y los creyentes, los católicos de todos los siglos, las aceptan

y creen inclinándose ante la voz del Maestro infalible.

La palabra del Papa no pide riquezas, ni actos de veneración externa de aquellos que exigen muchas veces los reyes de la tierra y que no conmutan el corazón sino que llega a nuestras fibras más íntimas y nos exige la voluntad.

Nos la pide íntegra, entera, si preciso fuera hasta el heroísmo, hasta el sacrificio de la vida y del honor mismo, porque cualquier católico debe llegar hasta la inmolación, al derramamiento de sangre por cualquier verdad enseñada y difundida por el Pontífice como Maestro de los fieles e intérprete inapelable del Evangelio. Esta inmolación de la voluntad no es solicitada a un número escogido de individuos sino a todos los que quieren pertenecer al redil de Cristo, a todos sin diferencias ni excepciones, desde las cabezas coronadas hasta los últimos hijos del pueblo, desde el insignificante

lésofo, hasta la viejecilla analfabeta que apenas sabe recitar el Credo. Para el Papa no hay griegos, ni judíos, ni americanos, ni europeos, ni bárbaros, ni civilizados, todos los que están sometidos a Dios le alcanzan bien al Pontífice.

Pero la mayor maravilla es que el Papa no sólo tiene la adhesión de las inteligencias y el sacrificio de las voluntades, sino que es suyo también el amor y, el de todos sus hijos dispersos en todas las partes del mundo que lo aman de un amor lleno de reverencia, que no tiene de humano, que desciende del cielo, que se confunde con el amor mismo del que representa en la tierra.

Es cierto que el Pontificado Romano no ha escapado a la ley universal de las grandes instituciones que si por una parte recibe la admiración y el amor por otra recoge el desprecio, el odio, la persecución; que ha venido siempre con las olas ar-

mas de la verdad, la paciencia, de la virtud con las armas del cielo y no con las de la tierra. Además hay otro hecho. El respeto y el afecto a las personas generalmente, tiene su origen a su medida en la inteligencia y en la virtud que poseen, tanto es así que el respeto y el afecto aumentan o disminuyen de acuerdo con la inteligencia y la virtud a cualquier otra dote que las adorne.

Pero esto no sucede con los sucesores de Pedro, en ellos se eclipsa y desaparece la persona, no queda sino la dignidad y el poder divino, que los hace siempre dignos de veneración y de amor filial. Ciertamente que si les adornan la ciencia, la virtud, la santidad, más fácilmente nace en nosotros la reverencia y se enciende la fe.

Cuanto esplendor y cuanto atractivo en la ciencia de León XIII, en la santidad amable de Pío IX y de Pío X, en la caridad inextinguible de Benedicto XV, en la cultura, en la ciencia,

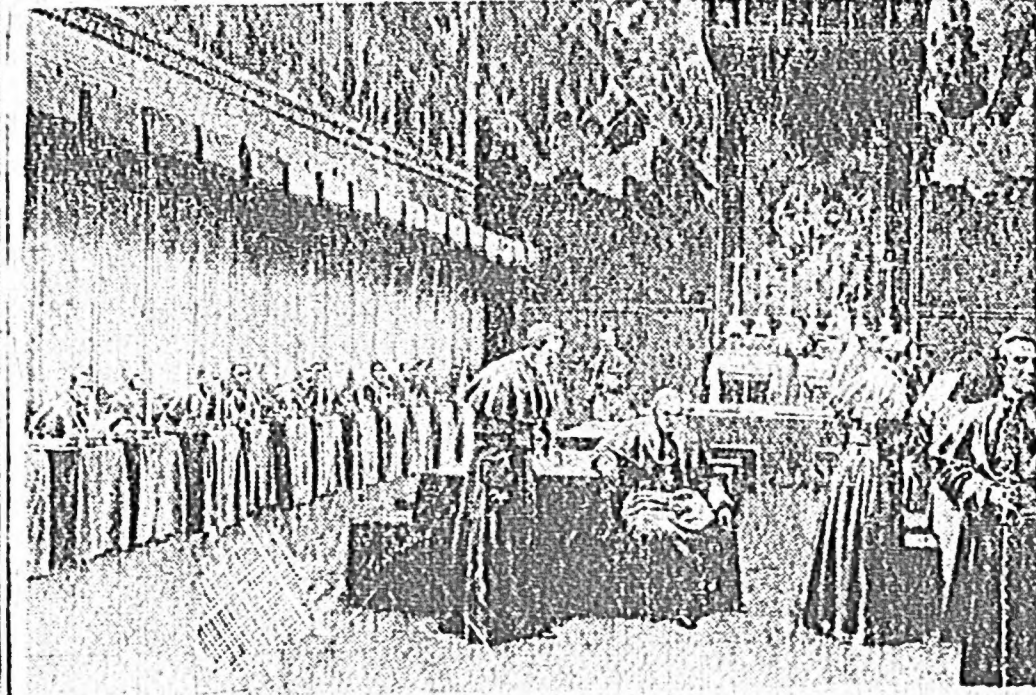
cia de nuestro Pontífice Pío XI que parece llamado por la Divina Providencia en modo particular para hacer brillar en el mundo la unión de la ciencia y de la caridad con la fe.

Pero siéntase en la cátedra de Pedro, Clemente o Benedicto, Urbano o Alejandro, Juan o Gregorio, León o Pío, sean descendientes de nobles razas o hijos de carpinteros, sean sabios u hombres de inteligencia mediocre, sean santos o sean menos dignos, todo esto no cambia el afecto, no desliga de la obediencia, ni disminuye la veneración de los creyentes que siempre se inclinan, se arrodillan ante Pedro vivo en sus sucesores y llenos de fe le dicen: “Enseñanos”.

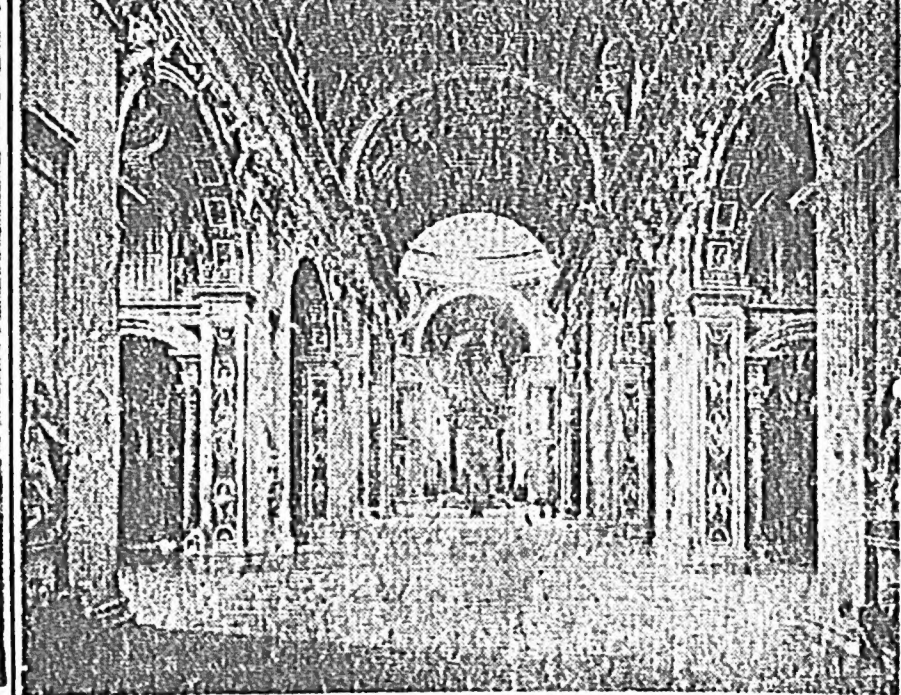
La persona del Pontífice con todos sus defectos desaparece, y la vemos rodeada de una aureola celestial casi envuelta en la divinidad. Es la fuerza moral del Pontificado Romano que viene de Jesucristo, que viene del cielo.



La Cúpula de San Pedro



Los Cardenales reunidos para el nombramiento del Papa



Interiores del Vaticano







\_\_\_\_\_















